



La Feria
Cacahuatera
(30 de octubre de 1960)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



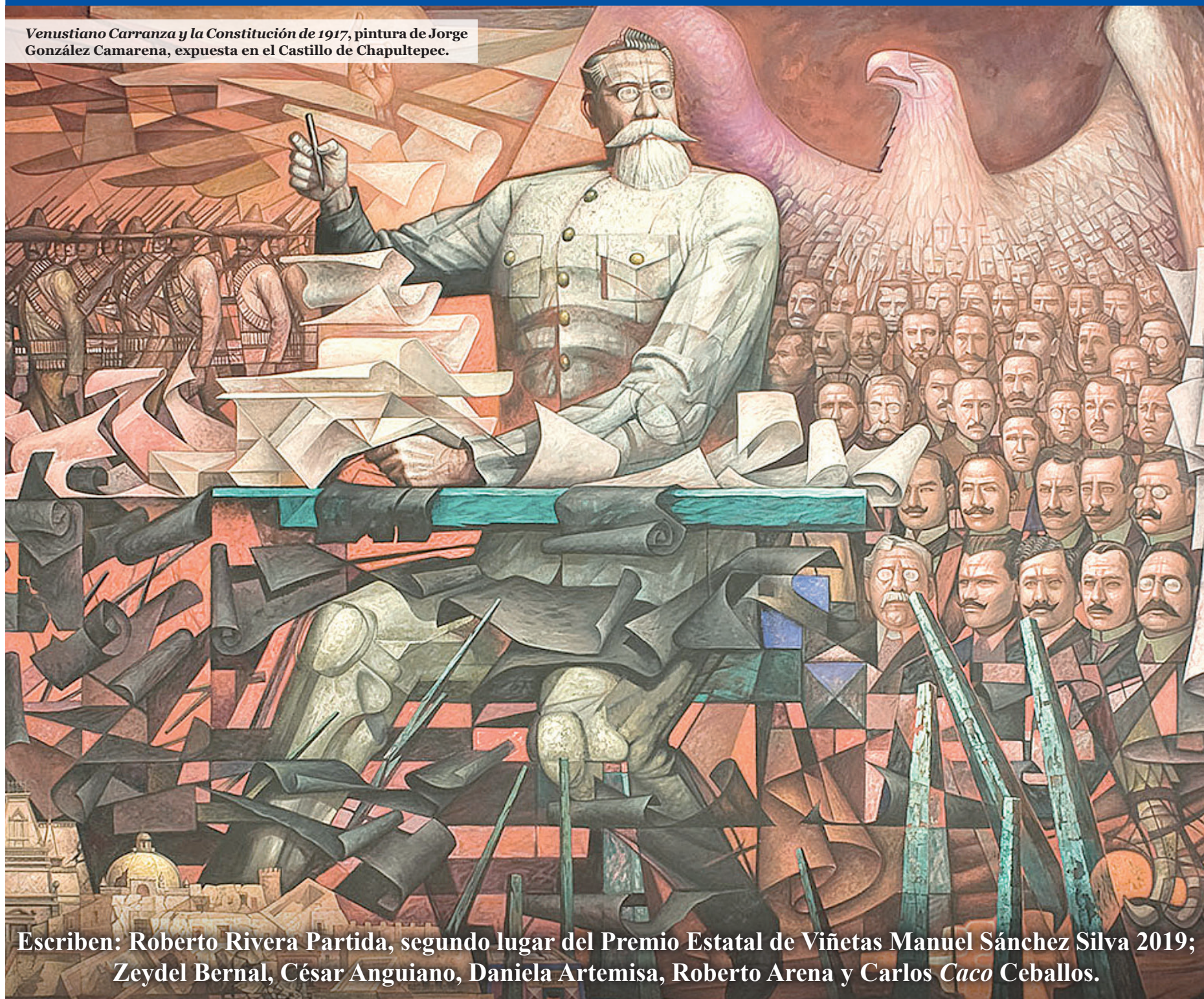
Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2568

DOMINGO 17 DE NOVIEMBRE DE 2019

Venustiano Carranza y la Constitución de 1917, pintura de Jorge González Camarena, expuesta en el Castillo de Chapultepec.



Escriben: Roberto Rivera Partida, segundo lugar del Premio Estatal de Viñetas Manuel Sánchez Silva 2019; Zeydel Bernal, César Anguiano, Daniela Artemisa, Roberto Arena y Carlos Caco Ceballos.

Los poetas de Babel

Presentación César Anguiano

Esta semana en *Los poetas de Babel* presentamos a Lilia Parísí, nacida en San Juan, Argentina, en 1978. Es poeta y socióloga. Pasó los primeros años de la infancia en México y en Chile. Escribe poesía desde los 6 años, habiendo recibido varios reconocimientos desde niña, tanto en Santiago de Chile, como en su provincia de origen.

En 2004 expuso su obra visual *Museo*, en el Primer Salón de Arte Contemporáneo de San Isidro (Buenos Aires, 2004). Participó en su primer recital de poesía en mayo de 2017, invitada por el ciclo *Rumiar Buenos Aires*. En 2018 fue invitada por el Ministerio de Cultura de Cusco a participar de *Enero en la palabra, Festival de Poesía del Sur Andino* (enero, 2018). Fue parte también del *Festival de Poesía Joven Jauría de Palabras* (Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, en mayo 2019).

En 2018 formó parte de la antología de poetisas mujeres: *La sangre en las fiestas cortas*, editado por Textos Intrusos (mayo 2018). Parte de su trabajo reciente se encuentra en la antología *Descosidas* (Buenos Aires, 2019). Es una de las organizadoras de *Cordillera, Ciclo de Poesía*. Cuenta con dos poemarios inéditos, *Alicia y las bestias* y *Venus Atrapamoscas*, próximos a ser publicados. A estas obras pertenecen los poemas presentados este domingo.



Lilia Parísí.

PRIMERA CANCIÓN A MI PADRE

Ese día me había peinado mi padre
 como si fuera un hombre
 dispuesto a subir a un caballo
 yo
 él
 como una cabra
 maté a alguien dijo
 con las mismas manos de peinar
 pensé
 y yo de ahí
 todo
 y yo de ahí
 los cismas los barrancos
 sin aire
 y por las mañanas
 sin peinado
 y los niños perdidos
 de ese entonces que venían
 los niños sangrantes de esos días
 que venían a jugar
 ponían la locura junto al dulce de la tarde
 junto al cuchillo y al humus negro
 de donde regresan sus manos
 cada vez que mi padre
 me peina.

HORMIGAS

Sé que el libro que dejaste queriendo darme algo
 me trajo mala suerte
 ese día tuve que asesinar a una milicia de hormigas
 que vino a amenazarme con su capacidad minúscula
 de construirlo todo
 a mí
 que tanto me cuesta apilar
 juntar
 adquirir
 a mí
 que no podría nunca con toda la basura
 hacer un hongo para sobrevivir al invierno
 No creo en la potencia de lo pequeño
 me he servido de los saltos bruscos
 del espasmo
 de la deglución súbita del tiempo
 Y tu libro:
 un valor de uso rosado y muerto
 un producto envasado al vacío
 una pandemia literaria que ofreces al mundo
 aunque de corto alcance comercial.

CANAL

Tuve que irme
 correr
 por pequeños lapsos arrastrarme
 y por largas horas usar un vestido
 como un tubo un conducto
 que tuve que coser con el nombre femenino de la brea
 y que comencé a zurcir siete días
 después de haber nacido
 a zurcir
 con los ocho huesos que componen
 la actual agrimensura de mi mano izquierda
 Tuve que irme

correr
 con un vestido
 oloroso triste
 esencialmente cotidiano
 heredado de mi familia tras la muerte
 de un abuelo heroico
 de un suicidio en los terrenos de Valdivia
 de un abuelo revuelto en las malezas
 envuelto en las lombrices de néctar que masticaba antes
 de transformarlas en vino
 con sus dientes de herbívora criatura.
 Tuve que correr
 dejarme picar por tres serpientes
 peinarme con la sangre de las manos
 untar mi cara en alimento
 Tuve que correr lejos
 porque cuando estaba allí la tierra comenzaba a taparme
 me confundía con bulbos y raíces
 o simplemente carne muerta
 Un viento caliente me cubría con la saliva de su polvo
 susurraba amor entre las muelas
 por ese entonces yo
 comenzaba a pensar en poblados con mares
 sus canteros cuyo nombre confundía con la palabra acantilado
 y de ahí ya pasaba mi mirada a las macetas
 a sus cultivos claros
 Tuve que irme
 correr
 pero para entonces ya pensaba en poblados con mares
 y en lugares bellos y ciertos
 de un modo indetenible.

HOLA ANIMAL

Hola animal
 te quiero
 he visto cómo llegaste a mí
 a través del olfato
 y yo te olí también antes de tocar la fortaleza
 que convierte mi casa en bosque
 he reconocido entre los ojos tu degüello
 y llego a tu encuentro también para lamerte
 atender tu chillido
 tu destello
 tu primera noche acá en la Tierra
 Yo
 necesito que alguien cuide
 el tenor y la calidad de mi alimento
 que quite con cuidado el nylon
 que cubre mi cabeza
 y apoye su mano en mi diafragma
 para ver si sigue el curso de todo lo existente
 Contracción-expansión
 me contraigo más de lo que indican
 las sanas ecuaciones del mundo
 me comprimo en los asientos de un tren donde no duermo
 pero simulo vida
 Voy y vengo
 como si fuera de la cápsula
 hubiera algo
 un sonido
 una máquina de oxígeno

Hola animal
 te quiero.

Fuego en las palabras, incandescencias sobre un diálogo poético

Zeydel Bernal

Sabemos que algo cambia a través de lo que sentimos. Son tiempos difíciles, convulsos, contradictorios. La necesidad imperiosa de ser escuchado, escribir para ser leído ¿y no escuchar? La lectura de poesía, en su cotidianeidad es “a secas”, desde un presidium, micrófono en mano y a tratar de ganar la atención del público. El nerviosismo del poeta y el silencio de la audiencia pueden ir de la mano, transfigurar el tono del que tiene el uso de la voz. Lo sé, no siempre es así, pero hay cierta reincidencia.

La escritura y la lectura empujan a conversar

El diálogo es un ejercicio de intercambio y puede ser poético. Nada de nuevo hay en el formato, tal vez lo sea darle uso, romper la cuarta pared, estarse a ras de suelo, sin pose. Con dos testigos, como público, una estudiante de psicología de la Universidad de Colima y un fotógrafo, la poeta Krishna Naranjo comenzó y lo hizo de forma contundente: “Es importante hacer círculo y conversar”, recordó el diálogo de flor y canto; y cómo, de pronto se pierde en la escritura, en lo cotidiano y en la carga de los días, el aportar significado: “y el sentido es el canto, la belleza, recuperar lo que se ha perdido, lo que hemos perdido... De pronto nos adormecemos...”.

De ahí que, la noche del pasado viernes 25 de octubre fuera interesante. Diferente porque en ella hubo interacción, dejamos de hacer lo que es común en las lecturas... “que se llegan a convertir en un diálogo de sordos, porque cada quien está viendo sus propios textos y no alcanzamos a tener la suficiente interacción con las personas que están reunidas, al igual que con los compañeros presentes”, comentó el escritor Gabriel Govea.

En su momento, la poeta Magda Orozco reconoció que la poesía, al ser subjetiva, nos hace un poco inconscientes, individualistas. “Es propicio el diálogo porque en él hacemos conciencia; a veces nos individualizamos y al hacerlo, te haces un poco inconsciente, te pierdes en tu propio yo y pierdes el centro: formamos parte de una comunidad y de todas las cosas que están sucediendo actualmente. Hemos perdido ese sentido de asociación, pertenencia, esa conciencia de ‘estamos regándola’, pero que a lo mejor, esto puede ser una oportunidad para despertar y darnos cuenta”.

El acomodo de los espacios sugiere comportamientos

Platicamos con el público como antes no lo habíamos hecho en una lectura. Generalmente después de leer vamos a un bar y charlamos con el de la izquierda o el de la derecha, pero no juntos, como grupo... y luego despedirnos.

Me asombró descubrirnos diferentes: Gabriel es bromista; Krishna, si bien tiene una voz dulce, habla con fuerza, yo diría con fuego en las palabras porque da argumentos pertinentes. Conocí a Magda Orozco y no sólo su poesía, sino su posicionamiento frente a la vida, lo que hace a través de la filosofía.

Con Suguey Navarro y Jetzabeth Fonseca hubo antes, además de amistad, un acercamiento, pues colaboraron en la exposición Ausencias Vitales, que es el marco en el que se desarrolló esta charla. Ambas escribieron poesía a partir de versos que fueron creados ex profeso para la exposición, por ejemplo:

“Grábate al corazón como espinas a la piel
estoy aquí, para germinar,
estoy aquí para germinar”.

La intención de la instalación artística Ausencias Vitales, desde su inicio —hace un año ya—, tiene y tuvo que ver con los otros, y el interés de construir juntos.

Cartografía: oscilaciones, desplazamientos, cortes y aperturas

Como las gotas que cayeron en un balde, en una de las salas del patio rojo en la Pinacoteca Universitaria, “el atabal acompañando a Krishna Naranjo en su discurso”, comentó en redes sociales la escritora Brenda Rosales a propósito de las mismas; justo así llegaron otros poetas: José Carlos Juárez, Lía Llamas, la misma Brenda y otra mujer como público, una comunicóloga. Sin monólogos, ni micrófono, cualquiera intervino a voluntad.

La abogada y escritora Suguey Navarro, comentó sobre el reto que fue escribir a partir de lo que se vive, evitando reproducir lo inútil “...pero es como irte por los bordes y no por sacarle la vuelta, sino por recobrar esa luz que está en la periferia todavía...”. Igualmente consideró importante: “el poner sobre la mesa, ¡Hey!, no hemos hablado de esta otra situación, las ausencias vitales, la pérdida, y está bien retomarlo para trabajarlo entre todos, salir del espacio personalísimo del tú, tu soledad como escritor y el trabajo individual y ser con los otros”. Es como si de verdad se despertara en ese momento el sentido de comunidad.

Además de platicar, leímos algunos poemas, comentamos sobre su contenido, hubo disfrute. La poeta Jetzabeth escuchaba atentamente. Me recuerda a Teresa de Ávila con su “Sólo el silencio es sabio”. Porque cuando intervino lo hizo con filo, inteligencia, dándole giros a la conversación; al momento de su lectura, reventó en poemas la mar, su oleaje, y nos dio luz, una vuelta de tuerca.

Los que llegaban también refrescaban la noche, les recibimos como en casa, entre ellos el fotoperiodista Rafael Cruz, a quien le pedimos que nos contara de viva voz, sobre sus recientes descubrimientos de vestigios arqueológicos de otras civilizaciones en Colima. Lo hizo con sencillez y fue un deleite.

En esa atmosfera de confianza, felicitamos al joven poeta José Carlos Juárez por la mención honorífica que recibió en los Juegos Florales de Zapotlán el Grande 2019. La escritora Lía Llamas nos dio la primicia de su libro *Crónicas de un edén perdido* y nos leyó generosa uno de los poemas.

También nos alegramos de la buena noticia: Óscar Robles, Jetzabeth Fonseca, Gabriel Govea y Magda Orozco, junto con la traductora Georgina Navarro, viajarán próximamente a la Ciudad de México para compartir sus libros de poemas bilingües, en la Casa Villaurrutia el próximo mes. Igualmente, recordamos que días atrás los escritores Avelino Gómez, Sergio Briceño y Nadia Contreras presentaron sus libros

que forman parte de la colección Parota de Sal.

Salieron al camino algunos dolores en relación al propio ámbito, por lo que nos interesa tender puentes, abrir puertas, apoyarnos como grupo, para crear una tendencia a la buena convivencia. También existe el interés de que este evento realizado con el apoyo de la Dirección General de Difusión Cultural de la Universidad de Colima, en la Pinacoteca Universitaria, se pueda hacer con cierta periodicidad.

“Si sólo para mí, ¿para qué?”

La instalación artística que se exhibe actualmente bajo el nombre de Ausencias Vitales en la Pinacoteca Universitaria, la considero un logro colectivo, pues participaron en ella ochenta y dos personas de distintos ámbitos de nuestra sociedad: estudiantes de la Facultad de Medicina de la UdeC, equipaleros, tejedores de sillas tradicionales, poetas, artistas visuales, además de instituciones como la Universidad de Colima, Secretaría de Cultura y el Archivo Histórico del Municipio de Colima.

Todo esto, todos nosotros, en el interés de colaborar en la reconstrucción de nuestro tejido social a partir del arte, en conciencia de su gran potencial transformador y con sed de belleza: volver a ver a nuestra gente sentada en equipales en la entrada de sus casas, mientras los niños corren, juegan libres. Sean siempre las palabras refugio, luminiscencia... principio de hechos.



Asistentes al diálogo poético en la Pinacoteca Universitaria. / Foto: July Verduzco.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Evocaciones del señor Carranza

Don Manuel Sánchez Silva

(24 de octubre de 1954)

Cursaba yo el primer año de primaria elemental cuando conocí al señor Carranza, y conservo fijo y exacto el recuerdo de su figura enmarcada en el balcón central del Palacio de Gobierno, desde donde presenció la nutrida concurrencia formada por niños de escuela y gente del pueblo, que llenaban por completo la parte oriental de la plaza principal.

En 1916, don Venustiano representaba tener 55 años. Alto y robusto, con la airosa cabeza coronada de canas, la barba crecida –también blanca y rizada, cayéndole hasta el pecho–, los ojos vivos y penetrantes, increíblemente jóvenes, relampagueando tras los cristales de sus espejuelos con aros de oro, constituía una personalidad imponente y atractiva, contribuyendo a subrayar la respetabilidad que inspiraba el uniforme de kaki de corte militar que, aun cuando desprovisto de fornitura, insignias y gafetes, sugería una impresión marcial.

Apareció don Venustiano rodeado de numerosos militares y civiles, estando entre los primeros el general Obregón, jefe del Ejército del Noroeste y famoso por su valor y buena estrella.

Los niños de las escuelas oficiales habíamos sido conducidos por nuestros maestros y formados frente a la entrada principal del Palacio de Gobierno. Después de tantos años transcurridos, no sabría decir en verdad si se trataba de un acto cívico o de un motín revolucionario. El hecho es que hablaron varios oradores, entre ellos el licenciado Francisco Ramírez Villarreal, que era secretario general del gobierno y posteriormente diputado constituyente de Colima.

El general Obregón, uniformado de blanco de pies a cabeza, clavaba en la muchedumbre su arrogante mirada. Al concluir su discurso un orador, se hizo una larga pausa de silencio, durante la cual Obregón, asido con ambas manos al barandal del balcón, balanceó su cuerpo tal vez en inconsciente movimiento, que algunos atribuyeron a un indeciso propósito de hablar o abstenerse de hacerlo.

–¡No vaciles, Obregón! –gritó alguien del pueblo, dándole al término vacilar la interpretación muy nuestra de embromar o ironizar, pero el general, que seguramente desconocía esta acepción, entendió la palabra como sinónimo de titubear y replicó agresivo:

–¡El general Obregón nunca ha vacilado! –siguiendo a esto una calidad de peroración que desencadenó una tempestad de aplausos.

Después de lo anterior, el señor Carranza y sus acompañantes descendieron las escaleras de Palacio hasta llegar a la calle, recorriendo las filas de niños, muchos de los cuales recibieron del ilustre coahuilense la caricia de su mano, cariñosamente posada en el rostro o en el pecho, embargándolos un confuso sentimiento de admiración, temor, halago y respeto, al hallarse junto de aquel anciano vigoroso, cuyo nombre cubría todo el territorio nacional.

Don Venustiano permaneció algunos días en Colima. En uno de ellos fue invitado a visitar el Colegio del Sagrado Corazón, que dirigían unas monjas y cuyo edificio estaba inmediato al templo de aquel nombre. El señor Carranza, que tenía una inclinación manifiesta por los niños, recorrió todos los salones y se interesó por el funcionamiento del plantel, y ya para despedirse preguntó a las religiosas:

–¿Por qué no le ponen a su escuela el nombre de Colegio de la Paz? Sería muy sugerente y más actual, en este momento en que todos los mexicanos hacemos guerra, precisamente en el anhelo de conquistar una paz permanente, fecunda y justa para el país.

Y desde entonces, el Colegio del Sagrado Corazón fue llamado Escuela de la Paz.



Don Venustiano permaneció algunos días en Colima. En uno de ellos fue invitado a visitar el Colegio del Sagrado Corazón, que dirigían unas monjas y cuyo edificio estaba inmediato al templo de aquel nombre.

Cinco minutos de terror*

Roberto Rivera Partida

Estoy por cumplir 78 años de edad. Tengo 8 hijos y 19 nietos. Mi esposa aún vive y me acompaña alegrándome la vejez. Hoy vino a la casa Andrea, mi nieta de 14 años. Su mamá -mi nuera Liz-, tenía algunos asuntos que arreglar y dejó a Andrea con nosotros, quien sacó de su mochila un libro de geografía. Vivo en la capital de Colima, postrado en un viejo equipal sufriendo los estragos de la progresiva pérdida de la vista. Mi imposibilidad para conducir me impide ir a trabajar al campo, que es mi vida. Amanecí nostálgico, es 27 de octubre, fecha que me trae tristes recuerdos.

Andrea se acerca a mí con su libro de geografía. Este tiene en la portada el mapa de la República Mexicana. Mi mirada se pierde en él. Comienzo a analizar las aguas que delimitan al país; el Golfo de México por un lado y el Océano Pacífico por el otro. Mi mirada se detiene y mi cerebro comienza a divagar de nuevo. Una lágrima brota de mis ojos corriendo por la mejilla. No quiero que mi nieta me vea llorar. ¡Qué impresión se llevaría de su abuelo! En un descuido de la niña, limpio mi lágrima con el dedo índice de la mano izquierda, y con apoyo del pulgar sacudo la lágrima que se pierde en el infinito y mi mente parece seguirla. La lágrima viaja hasta el municipio de Minatitlán, lugar enclavado en la Sierra de Manantlán, continuación de la Sierra Madre Occidental. Es un lugar frío, pues está ubicado a 785 metros sobre el nivel del mar y distante de él unos 43 kilómetros. Allí, igual puedes encontrar una garza o una guacamaya, una tilapia o un bagre, o incluso, rara vez, encuentras fauna típica de agua salada como gaviotas, huachinangos, pelícanos y hasta peces espada. No es normal ver flora o fauna de agua salada. Yo los vi en el año del 59. Algo extraño pasó, un fenómeno natural proveniente del mar cambió mi vida para siempre. Esta es mi historia...

Eran las 6 de la tarde y el sol estaba por ocultarse. Habíamos pasado el día preparando la tierra para la siembra de camote. Las nubes, en ratos amenazantes, dejaban caer un sereno, y en ratos de relajación, estas eran desplazadas por el viento, dando oportunidad a que el astro rey quemara nuestras espaldas. Soy moreno y no se nota mucho el efecto del sol sobre la piel. Mi hermano Antonio y yo, de cuando en cuando entonábamos una canción de moda: *Si yo muero primero, es tu promesa/ sobre de mi cadáver dejar caer/ todo el llanto que brote de tu tristeza/ y que todos se enteren de tu querer...*

El hambre y la fatiga se hacían presentes en nuestros cuerpos, pero teníamos energía y ánimo suficiente para terminar la tarea mientras intercambiábamos anécdotas, nos contábamos chismes y trazábamos planes para la noche que se aproximaba. Nos encontrábamos en el cenit de la juventud.

-¿Y cómo te va con Anastasia?, ¿ya la invitaste a salir o sigues de tímido? -cuestioné a mi hermano.

-Pues no sé, ya no me está pareciendo su actitud. Me enteré que irá mañana a visitar a los soldados. Su papá quiere quedar bien con el teniente y pues... no me parece.

-Pues es su papá, debe obedecer. Además, sólo es una visita.

-Pues a mí no me parece -interpeló Antonio.

Tres días atrás se había establecido un nuevo regimiento en el cuartel militar del municipio. Este contaba con una serie de dormitorios para las respectivas familias de los militares y esto le causaba desconfianza a mi hermano.

-Y tú, ¿cómo vas con Lola?

-Pues la voy a ver el domingo, vamos a ir a Cuyutlán a ofrecer una obra de teatro en conmemoración del tsunami del 32.

-Uuuy, ivan lejos! Se van a aventar años en llegar.

-Naaa, no exageres. En cuatro horas estamos allí.

El par de mozalbetes, enamorados de nuestras respectivas damas, nos miramos a los

ojos, pausamos el tiempo un segundo con una mutua sonrisa socarrona, tomamos aire y al unísono retomamos la canción... *Si tú mueres primero, yo te prometo/ escribiré la historia de nuestro amor/ con toda el alma llena de sentimiento/ la escribiré con sangre/ con tinta sangre del corazón.*

Comenzó nuevamente a llover, esta vez más fuerte. Rápido levantamos nuestros enseres, amarramos las yuntas de bueyes, las chivas -que pastaban mientras labrábamos la tierra- las devolvimos al corral, nos colocamos nuestras respectivas chinas de palma y nos marchamos a casa. Treinta minutos después, mi madre nos preparaba un trozo de cecina con salsa de jitomate, cebollas asadas y sus bien merecidas tortillas recién salidas del comal, y como bebida, un tarro de atole blanco aderezado con cachaza. Era lo que se acostumbraba tomar en aquellos años. Esa noche cenamos como reyes y mientras lo hacíamos, escuché música a lo lejos, alaridos y risotadas de alegría. Cuestioné a mi madre la procedencia de tal alboroto.

-Es en casa de Lupe Soto, ¿no ves que su marido el Charrasqueado cumple años? Uuuy, comenzaron desde las dos de la tarde. Invitaron a toda la cuadrilla de costureras del club. Ya han de estar sufriendo los efectos del bendito mezcal esos bribones.

-Ja ja ja -reímos todos al unísono.

Llovía, no muy fuerte, pero era una de esas lluvias que poco a poco van saturando de humedad la tierra, de esas que te obligan a ir a la cama a mitigar el frío, esas que generan un ambiente apto para desmadrugarte platicando. El reloj que estrenábamos marcó las diez de la noche y la lluvia comenzó a arreciar. Mientras ésta incrementaba su intensidad, nuestra plática continuaba, escuchando mi madre las clásicas peripecias. Pasada la media noche y con música de fondo proveniente de aquel fandango charrasqueño, los cerros comenzaron a bufar, la tempestad se hacía presente cada vez más fuerte, los cerros parecían haber cobrado vida y emitían sonidos aterradores, el viento se estreñaba contra las tejas de la casa, derrumbando algunas hacia el arroyo de la calle. El crepitar de la fogata que calentaba la casa, la humedad, el estrepitoso viento en el exterior y un viejo cuervo que mi hermana, la más pequeña, tenía de mascota, dieron al hogar un aspecto lúgubre y tenebroso que nos recordaba un verdadero pasaje de la Santa Inquisición. No pudimos pegar pestaña en toda la madrugada.

-¡Roberto!, ¡Antonio!, vayan a avisar a los gañanes que suelten los bueyes, está lloviendo mucho y corren riesgo de ahogarse -ordenó mi padre.

Serían las 5 de la mañana cuando nos envió a buscar a Boni Blanco y a Alberto Morán, expertos en el manejo de las yuntas de bueyes. La lluvia era cada vez más copiosa, el viento cada vez más fuerte, y el frío, ni se diga, nos doblegaba haciendo tiritar nuestros dientes

y entumirnos las palmas de las manos. Y no sé por qué, pero se sentía un ambiente de peligro y muerte.

Bajo la encomienda de mi padre, Antonio y yo fuimos en busca de los gañanes. Mis hermanos Primitivo y Felipe habían salido unos minutos antes a escuchar la misa de 5. Mi hermana Raymunda pasó la noche en casa de doña Elena, una anciana bonachona que pedía compañía, por lo que mi padre había autorizado a mi hermana acompañarla esa noche. Él y mis otros tres hermanos: Refugio, Casildo y José, tenían trabajo en casa. Éramos comerciantes de abolengo, y entre otras cosas teníamos, a manera de tumba de tiro, un sótano en el que almacenábamos plátanos para acelerar su maduración. Todos los días se revisaba la mercancía para ir a comercializarla. Mi mamá cuidaba de las mujeres, sobre todo de Micaela, la más pequeña de la familia.

Las callejuelas de la ciudad iban rebosantes de agua, algunas casas estaban en penumbras, otras alumbradas con una bombilla de petróleo y otras más con el fogón de



tortear encendido. Esto daba al pueblo un toque de tenebrosidad, como anunciando un mal augurio. Los únicos que continuaban contentos y guapachosos eran los comensales del *Charrasqueado* y Lupe Soto. Para ellos, el tiempo se había detenido y a tales horas de la madrugada, el alcohol ya los había enclaustrado en una realidad aparte.

—¡Boni, Boni! -tocamos a la puerta del primer gañán, al tiempo que lo llamábamos-. Dice mi papá que vayas a soltar los bueyes.

—¿¡Qué!? ¡No, hombre! Si aún no tomo café. Además está lloviendo muy fuerte, no voy a ir a trabajar hoy. Suéltelos ustedes.

—Vámonos, Antonio, vamos a avisar a Alberto.

Boni cerró la puerta de su casa, nosotros caminamos en dirección del arroyo cagón -el nombre del arroyo hacía alusión a la necesidad fisiológica del ser humano, ya que la localidad no contaba aún con drenaje-, y al llegar a la casa que colindaba con éste, vimos a Juan *La Gallada*, quien trató de remover una represa que el arroyo había hecho con la palizada que arrastraba. No pudimos pasar el arroyo e invitamos a Juan a retirarse del lugar, ya no tenía caso, de un momento a otro las consecuencias serían fatales. Dimos media vuelta y de regreso nuevamente hicimos escala en casa de Boni.

—¡Boni, Boni!

—¡Ah, cómo dan lata!, iya les dije que no voy a ir a trabajar!

—No, Boni, mira, ven, asómate, iasómate rápido!

Boni asomó la cabeza y vio hacia el arroyo, en un instante de asombro salió de la casa, observó de nuevo y con determinación ingresó por su familia para salvarla. Lo invitamos a seguirnos para situarnos en un lugar más seguro y éste comentó que nos alcanzaría. Quedamos de vernos en la huerta de “Andrellilla”, un lugar que yo conocía a la perfección, ya que era mi lugar secreto para ver a Lola. Presurosos, nos dirigimos hacia esa dirección, apenas habíamos avanzado unos pasos cuando a escasos 30 metros vi el fenómeno natural más impresionante que mis ojos hayan podido presenciar. Una verdadera vena de agua cruzó de oriente a poniente. En el acto, quedé estupefacto y mi mente comparó aquella vena con una lágrima que corre por la mejilla, sólo que la lágrima es cristalina, pequeña y va plagada de sentimientos, y la corriente hídrica que presenciaba no medía menos de 12 metros de altura, era densamente turbia e iba plagada de palos, ramas, animales, y por desgracia, llevaba consigo algunos humanos que aún luchaban por su vida pidiendo auxilio. Mi hermano y yo quedamos paralizados.

Ante el aluvión que se presentaba frente a nosotros y truncados por el alud proveniente del Cerro de los Copales, nos vimos obligados a cambiar de dirección. Optamos por ir al viejo camichín, un majestuoso árbol enclavado en una gran roca en el que jugábamos de niños. Nos dirigimos rápidamente hacia el lugar. Creímos que las calles ya no podían ir más inundadas y continuamos nuestra huida. El agua llevaba un olor pestilente, difícil de describir. Un hedor, mezcla de crustáceos, tortuga, humedad, olores fétidos de animal en descomposición y un toque de flores del día de muertos.

Al fin llegamos al lugar que habíamos decidido. Frente a él, estaba la casa de don Santiago Soto, un buen comerciante que logró un peculio considerable administrando una tienda de ultramarinos. Tenía una casa estilo colonial, a la cual ya habían acudido por lo menos una veintena de personas a resguardarse del fenómeno climatológico. Don Santiago llevaba un gran sarape de lana con colores llamativos, un sombrero de charro y unas botas con adornos vaqueros.

—Don Santiago, venga, vamos a subirnos al camichín, ¡apresúrese! -dijo Antonio.

—No, yo aquí estoy seguro en mi casa.

—A su casa se la va a llevar el agua, véngase con nosotros -interpelé.

—Ja ja ja, a mi casa no le pasa nada.

Al tiempo, me percaté que la familia de Boni venía presurosa por la calle, pero influenciada por otras personas que acudían a la gran casona, ingresó junto con don Santiago dejando la puerta de par en par. Boni no venía con ellos, algo lo había retrasado.

Antonio fue el primero en subir al árbol, tocaba mi turno cuando llegaron Benito

Canales y su yerno; les cedí el turno. Una vez más iba a trepar al camichín, cuando divisé a Boni a punto de ingresar al patio de la vieja casona.

—Boni, vente, súbete con nosotros, acá estás más seguro.

—No, acá estaré más seguro.

—¡Entiende, Boni, entiende!

Boni dudó un instante, iba a ingresar al patio de la casa, pero se arrepintió, dio media vuelta, corrió hacia nosotros y le ayudé a trepar al árbol. Lo sucesos más trágicos y abominables estaban por venir.

Fui el último en subir. Apenas había alcanzado la primera rama, cuando volteé a ver la casa de Don Santiago. Una gran oleada de agua proveniente del cerro cubrió por completo la construcción como un manto que cubre un gran sofá. Segundos después, llegó otra oleada y destapó la casa. Se llevó consigo todo el techo de la construcción, y para sorpresa nuestra, vimos enderezarse a casi todas las personas -a algunas se las había llevado la segunda ola-, pero su comportamiento era raro, se enderezaban en cámara lenta, como seres surgidos de ultratumba, clamando paz eterna, y como si se hubieran

organizado, en un acto colectivo gimieron al unísono, emitiendo un quejido tan espantoso que imaginé estar en el mismísimo purgatorio, pidiendo clemencia por mi liberación. Rápidamente distinguimos entre la multitud a la hija de Boni y comenzamos a llamarla. Le suplicamos encarecidamente que trepara a un árbol de tamarindo que estaba muy cerca de ella. La pequeña pareció escucharnos, y con movimientos casi autómatas, dio tres pasos, se abrazó del tamarindo para comenzar a trepar. Era demasiado tarde. De manera intempestiva llegó una tercer oleada cargada de tal palizada, que se estrelló contra la inocente niña, prensándola contra el tamarindo y partiéndola de tajo. Nunca más la volvimos a ver, ni a Don Santiago, mucho menos la casa donde se resguardaban.

Al ver lo sucedido, Boni comenzó a llorar y a maldecir a Dios. Iracundo,

reclamaba el hecho de haberse llevado a un verdadero angelito a su regazo, si se suponía que debería ayudar, en vez de castigar a la inocente niña. Benito reclamaba a la madre naturaleza el castigo hacia su persona, ya que unos años atrás salió huyendo de una situación similar en Punta de Agua, un pueblo cercano a Minatitlán. Se preguntaba por qué caía tal maldición ante su humanidad. El tercer personaje, el yerno de Benito, simplemente calló, no emitió opinión alguna.

Nuestro suplicio en el camichín continuaba, el viento cambiaba de dirección cada segundo, luchábamos por nuestras vidas. Nos colocábamos del lado opuesto a la corriente del viento, pero era inevitable sufrir los efectos de la lluvia. Las gotas laceraban nuestro cuerpo, tenían tal fuerza que sentíamos como agujas penetrando

la piel hasta alcanzar los nervios, sumiéndonos en un estupor indescriptible. Veíamos pasar borbotones de agua, un río interminable que llevaba grandes y pesados encinos como si fueran simples hojas de papel. Vi pasar casas enteras, incluso, a una mujer que, a mi parecer, aún dormía sobre su cama que flotaba en el río -tal vez ya estaba muerta-. Me tocó ver infinidad de personas pidiendo auxilio. Iban hacia una muerte casi segura. Era algo insólito y no creíble. Vi de todo aquel día, y el simple hecho de recordarlo me pone los nervios de punta y la piel se me crispa al repasarlo en mi mente. Fue ahí donde observé un pelicano ahogado, un huachinango rojo y hasta me pareció ver un marlín. Era algo inaudito, no podía creer estar viendo tales cosas.

Seguíamos jugándonos la vida, las ramas del majestuoso árbol eran desprendidas por el viento y salían proyectadas como saetas hacia el horizonte; rezamos por lo menos una docena de veces el *padre nuestro*. Si salíamos vivos de ésta, proyectábamos una vida de felicidad plena y escribiríamos la historia. A manera preventiva y especulando que algo peor nos pasara, acordamos que si el árbol era arrastrado por las agresivas aguas, nos asiríamos a él, nos llevara a donde nos llevara. Si íbamos a morir, lo haríamos todos juntos.

Repentinamente y como por arte de magia, la lluvia y el viento cesaron. Aturdidos por el fenómeno, los cinco integrantes nos miramos las caras, luego volteamos hacia el horizonte, el viento se había llevado las nubes despejando el cielo, y en la cima de los



cerros, el sol se encontraba en el umbral del ocaso. Sentí que sólo habían transcurrido 5 minutos desde que nuestro padre nos envió en busca de los gañanes hasta que el sol se ocultara. Evidentemente había perdido la noción del tiempo. Fue para mí, la noche-madrugada más larga y el día más corto que haya vivido en mis 77 años de vida. El lugar se ensombreció de nuevo, pero esta vez, la opacidad del ambiente no era causado por las nubes, sino por una enorme bandada de aves de todo tipo: pelícanos, garzas, gaviotas, grullas, etc. Eran miles de pajarracos que, espantados y desesperados, retornaban a su hábitat marino del que horas antes el torbellino del huracán los había remontado hasta la majestuosa Sierra de Manantlán.

Después de la hecatombe, intentamos bajar del camichín. Fui el primero en hacerlo, pero mis piernas se hundieron hasta la rodilla entre aquel lodazal que quedó a nuestro alrededor; trepé nuevamente. Cerca de nosotros habían quedado tabloncitos que ideamos utilizar a manera de peldaños de escalera, colocándolos sobre el lodo, y así logramos salir del sitio. En nuestra retirada volteeé a ver el camichín y ante la carencia de todo su ramaje, vi al fondo una enorme roca de unos 10 metros de altura que nunca había estado allí. La corriente de agua la trajo consigo, y gracias a esa gran mole pétrea, la dirección del arroyo cambió su curso salvándonos la vida. Nos fuimos del lugar en busca de nuestras familias. Antonio y yo tomamos la dirección norte rápidamente, y no habíamos avanzado ni cien metros cuando escuché gritar a Bertha Canales:

—¡Aquí hay un muerto!

Un momento de silencio procedió la situación. Podías escuchar todo a la vez a tu alrededor. Era un silencio tan aterrador y profundo que retumbaba en mis oídos como un *gong* chino que anuncia la llegada de algún personaje importante. Continuamos nuestro camino, y al pasar por el cuartel militar, donde solamente había sobrevivido el militar que estaba de guardia, nos topamos con un señor que acababa de encontrar entre la palizada del lodo a su hijo de escasos diez años. El hombre limpió con agua turbia la cara del niño, quien con voz entrecortada esbozó una palabra: pa-pá. La voz del niño languideció y su cuerpecito se desvaneció. Había dejado de existir. Al instante, el padre de aquel muchacho comenzó a gemir, a maldecir la vida y a reclamar justicia divina. En su paroxismo, el señor tomó entre sus brazos al recién caído y salió corriendo del lugar como buscando el alma de su hijo. En ese momento vino a mi mente aquella épica escena de la película *Nosotros los pobres*, en la que Pepe el Toro, salvando a su hijo de entre las llamas, lo lleva en brazos envuelto en una cobija, pero para desgracia y ante la efímera ilusión de haberlo salvado, “La Chorreada” sufre un desmayo al descubrir que su hijo está calcinado. Levanté la mirada para ver la huida de aquel hombre que corría despavorido con su hijo entre los brazos, luego tropezó accidentalmente con los restos de una silla, haciéndolo caer entre unos puntiagudos otates que se encontraban cerca. Los otates le atravesaron el cuerpo del pecho a la espalda. El hombre intentaba succionar aire para proveer de oxígeno sus pulmones, pero por más que lo intentaba no lo lograba, abría su boca cada vez más, y entre suspiro y suspiro su piel se iba tornando cada vez más pálida. Trágicamente y con el cuerpo del niño a sus pies, el hombre dejó de respirar y nosotros continuamos con nuestra búsqueda.

Finalmente, guiados por algunos conocidos, supimos en dónde se encontraba nuestra familia, llegamos rápida y certeramente hasta donde permanecían asustados. Nuestra casa también había desaparecido ante la infame tempestad. Increíble y afortunadamente, todos los integrantes de mi familia, estando en tres sitios distintos durante la eventual catástrofe (unos en la iglesia, otros en casa y otros en busca de los gañanes) habíamos sobrevivido. Sólo supe que ante la avalancha de lodo que se aproximaba, mi familia salió corriendo de la casa, y que antes de salir de ésta, la fuerza del agua arrancó de los brazos de mi madre a mi hermana Micaela, llevándosela al centro de un remolino que se había formado en el sótano madurador de plátanos. Al percatarse de esto, mi padre

regresó en busca de su hija. Como pudo se sumergió y sacó una niña del fondo del remolino. No era mi hermana, pero en un segundo intento ingresó sus hercúleos brazos en la turbia agua, esta vez tuvo suerte. Al mismo tiempo, se percató que en el fondo del agujero había más personas que la corriente de agua trajo depositándolas en el fondo del resumidero. Estas no podían vencer la fuerza centrípeta del turbulento remolino e intentaron escapar del hoyo asíéndose de las piernecitas de mi hermana. La casa se venía abajo y durante el escape de mi progenitor, un gran travesaño de madera le alcanzó la espalda, estigmatizándolo de por vida. Así continuó con celeridad absoluta y puso a mi hermana y a la otra niña en un lugar a salvo.

Más tardó en rescatar a una de mis hermanas, que en salvar a otra de ellas. Entre la corriente del agua, venía una mesa de billar proveniente de la casa de doña Elena, y sobre esta mesa, milagrosamente venía mi hermana Raymunda, temblorosa y húmeda como un nardo al amanecer que se mueve con la brisa de la montaña. Rápidamente mi padre se lanzó a la corriente del agua y haciendo esfuerzos sobrehumanos logró rescatar a mi hermana. Aparentemente, ya todos estábamos a salvo. Sobrevivimos a un devastador ciclón que hundió gran cantidad de barcos en Manzanillo y castigó a la población con su eminente fuerza.



Imágenes tomadas del DVD *Ceniza de pueblo, memoria oral del ciclón de Minatitlán de 1959*.

Después de reunirnos, la noche se había apoderado del pueblo y todos permanecimos unidos, alerta ante la expectativa de la reincidencia del meteoro, del que posteriormente supimos que había masacrado a más de 300 personas en la localidad. A la mañana siguiente comenzamos a merodear por los alrededores. Yo fui a despejar un pensamiento que me había agobiado toda la noche. Iba en busca de mi Lola. Supe por rumores que su padre feneció golpeado por una gran roca, y a su madre, antes de ser ahogada, una lámina de hojalata le había amputado ambas piernas. Llegué a un campo plagado de pequeños montículos de tierra, eran burbujas de agua que el viento inyectó a alta presión y que, al tocarlas, se desinflaban expulsando un chorrillo como fuente jardín. Allí encontré a la hermana de Lola, estaba muerta, enredada junto con una gran serpiente en un gigantesco roble en una posición tremendamente cruel y tenebrosa. La presión del agua la había despojado totalmente de sus ropas, su cara deformada denotaba la ausencia de su blanca dentadura y sus piernas estaban abiertas. Quedé impactado por la espeluznante imagen. En esos críticos momentos el morbo desaparece, el pudor se ausenta de las personas y la libido simplemente no existe. El que sí se manifiesta con gran majestuosidad, es un miedo aterrador que se apodera del cuerpo como un hechizo del que no te puedes escapar.

Al paso del ciclón vi muerte, miedo, personas desnudas, que estando enterradas hasta el tronco y al intentar desprenderlas del lodo, automáticamente dejaban de existir. Vi de frente a la muerte. Y fue precisamente en esos sanguinarios campos, donde conocí el alma colectiva de la población que, uniéndose en actos de solidaridad como apoyo a sus semejantes, reparaban en labores sobrehumanas. Aquellos campos, otrora plagados de vida y prosperidad, ahora los veía convertidos en muerte y desolación. Al paso del meteoro supe el valor de la humildad y la importancia de la fraternidad. Con lo que respecta a Lola, nunca la volví a ver y me vi obligado a cumplir un juramento, “la historia de nuestro amor lo tuve que escribir con sangre, con tinta sangre del corazón”.

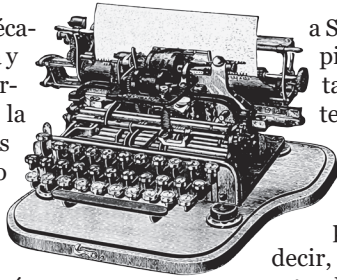
Esta historia está basada en hechos reales. Todo lo que aquí se relata sucedió tal cual. Como dato, los galenos del aquel desgarrador año predijeron que la mayoría de los sobrevivientes del ciclón morirían por causas relacionadas al corazón. Coincidentemente, mi padre murió de un infarto y yo fui operado a corazón abierto hace tres años.

*Este relato obtuvo el segundo lugar en el Premio Estatal de Viñetas Manuel Sánchez Silva 2019.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Costumbres que se fueron

Carlos Caco Ceballos Silva



INVIerno 1995. Allá por la década de los veinte, de los treinta y aún de los cuarenta, por las tardes, por todos los barrios de la ciudad se veía a las señoras sentadas en sus sabrosos equipales, teniendo entre sus piernas a su marido o a su compañero de catre, quien sonriente se dejaba espulgar, así es que por todas las barriadas se veía con toda naturalidad a las madres espulgando a los críos, a los nietos y a las comadres. Otra hermosa costumbre era la de sacar sillas y equipales todas las tardes para sentarse a platicar, ver pasar a la gente, recibir las visitas para merendar atole y tamales que compraban en el puesto de la esquina.

Los domingos era obligado ir a la estación a ver la llegada del tren por la mañana, el de Manzanillo que iba a Guadalajara, y por la tarde el que venía de la Perla de Occidente, y era el lugar preferido para pasar un rato agradable con las personas y amigos que esperaban algún familiar o bien si iban a despedirlo. Los sábados en la tarde y los domingos, después del paseo a la estación, era costumbre muy arraigada tomar el tranvía de mulitas e irse a la Villa a cenar sopitos con las soperas que se ponían alrededor del jardín, y era bien bonito ver a la gente en torno a cada puestecito, esperando que fueran saliendo del comal los sopitos bien doraditos, mientras a los que esperábamos se nos hacía “agua la boca”, viéndolos y oliendo el agradable olor de la manteca quemada.

Los novenarios de La Salud con sus hermosos farolitos, grandes farolas y vistosas cintas de adornos de papel de china que colgaban de pared a pared eran visitados por todos los colimotes, así es que por las calles cercanas al templo, todo mundo, sobretodo ya de las seis de la tarde en adelante, andaban paseando por media calle, pues las banquetas eran insuficientes; a las ocho de la noche era obligado rezar el rosario en el templo, cuyo piso estaba cubierto de hojas de laurel y de pino: en las afueras de la iglesia, las simpáticas vendimias de pinole, charamuscas, patas de mula, semillas, tostadas, sopitos y por supuesto no faltaba el pozole ni los sabrosos tamales con atole de sabores.

Era de ley que los muchachos, en tiempos de mangos, nos fuéramos a las Huertas de Álvarez, San Miguel, La Atrevida y El Crucero, a saciarnos comiendo mangos, pues todo lo que comíamos no se compraba, solamente lo que sacáramos y solamente por “taparle el ojo al macho” pagábamos cinco centavos, que era lo que nos cabía en la bolsa del pantalón.

Todavía existe la costumbre de quemar ocote

a San Juan Minero cuando algo se nos pierde, pero por aquellos tiempos era tanta la fe en el santo que no había tendajón que no tuviera el ocote bien astillado a la vista para facilitar la venta. Eran los limosneros muy especiales, tenían la costumbre de pasar por las casas al mediodía, es decir, a la hora de la comida: llegaban a la puerta y la patrona de la casa o la criada salía con un taco de sopa, “principio” o frijoles, y ellos o ellas lo ponían en su canasta y así recorrían las casas o domicilios en los que ya eran conocidos. Ya con la canasta llena se encaminaban a sus casas y ahí comían ellos, su familia y sus vecinos, así es cuando alguno se enfermaba de dolor de “panza”, nunca se sabía qué taco y de qué casa era el que les había hecho daño.

En aquel entonces nos curábamos con sinapismos, tes, purgas, lavativas, cataplasmas y sobadas, algunas veces nos aliviábamos y otras veces nos llevaban al camposanto, pero cuando se trataba de algún personaje de categoría, rápido lo llevaban por tren a Guadalajara, de donde pocas veces regresaba a los pocos días, por express en un cajón bien elegante. Recuerdo que por esos días comulgaban cincuenta hombres y cincuenta mujeres, ahora se acercan al altar cuarenta y cinco del sexo hermoso y solamente cinco caballeros. ¿Será que con el tiempo los hombres nos estamos acercando a la canonización?

Por aquellos lejanos días, todo mundo tenía en las petaquillas y roperos los simpáticos y plomizos camaleones que se encargaban de tener limpia nuestra ropa de cucarachas y comejenes. Por esos mismos años era muy bonito ver que a la llamada de la oración a las seis de la tarde, todo mundo se paraba, los hombres se quitaban el sombrero y las mujeres se santiguaban. Las festividades religiosas se festejan en novenarios, peregrinaciones, música, abundaban los cohetes, cámaras y morteros, y al final del novenario se quemaba un hermoso castillo. Las fiestas cívicas se celebraban con manifestaciones, una ceremonia en el Teatro Hidalgo y desde luego toda clase de truenos, concluyendo con una alegre serenata monstruo y la quema de un vistoso castillo.

Todo esto es algo de las muchas costumbres que teníamos los colimotes de aquellos tiempos y que poco a poco se fueron acabando por el “progreso”, las conveniencias, las comodidades, al flit, y el H24 para los piojos, cucarachas, zancudos y mayates, y las controvertidas pero sí muy distraídas telenovelas.

* Empresario, historiador y narrador. †

Deseo

Roberto Arena

Trato de imaginarme abrazándote...
tu esencia me hierva la sangre y
hace que me explote el corazón.
Tengo el deseo de tocarte,
entrelazar mi lengua con la tuya,
fusionarme contigo, entrar en ti
para ser uno, en cuerpo y alma.
Quiero ahogarme en tus senos,
entre tus piernas,
luego recitar poemas y
recomenzar a besarte...
y así, entre un poema y una caricia...
pero sólo queda la imaginación.
En una noche de ensueño,
¿qué sueño queda? sólo el deseo.

Magos

Daniela Artemisa

Lo que sucedió me dejó sin palabras, en el silencio de la soledad. Sin razones. Sin conexión. Pero no hay culpable. Fuimos nosotros mismos los que nos destruimos, los que nos apartamos cada uno a su sendero de aprendiz de mago. Yo siempre preferí a los magos silenciosos, ya sabes. Quizá haya sido esa fiesta de cumpleaños, un recuerdo de segunda vuelta. Recuerdo de las fotos viejas. De los mejores momentos. Después alguien te dijo la frase “infancia es destino”, ¿la creíste? Hay muchas cosas que se dicen sobre la infancia. Hay muchas cosas que se dicen sobre el destino. Algunos están hablando sobre el aquí y ahora, ¿eso también lo crees? Después están las reglas, la normatividad tan acatable, tan bella, las convenciones. La gente que no te importa. Y a esta gente pareces importarle, son tan importantes las personas. Tan insignificantes las percepciones. Tan auténticas las salidas. Originalmente no conocíamos el futuro. Se vive en el presente. Muy de vez en cuando te quedas callado a reflexionar sobre ese truco. Era el sombrero. Ese sombrero por el que recorrimos las tiendas en Picadilly Circus. Querías un sombrero de copa, uno más. Años después los colgabas en trípodes plateados. El truco podría remontarse a 1819. Las conexiones son incontables. “Puro drama”, decías al explicarte, algo tiene que ver con el truco. Yo habría sido tu aliado si hubieses sabido cómo pedírmelo. Creía que no sabía lo que hacíamos. Intenté convencerme de que era todo parte del juego, parte del circo. Eras bueno manipulando sus mentes. “Ellos creerán en su propia mentira”. Llegué muy lejos y tú también lo hiciste. En distintas direcciones. Callar y mentir. Continuar el acto. Un último truco, el más revelador. Una puerta cerrada, las luces rojas y azules. Tiendas en inglés. Fue difícil encontrar tu sombrero. Ahora que lo pienso no recuerdo si lo conseguiste. Cuando sacaste las flores del fondo oscuro. Cuando me derribaste. Cuando impusiste el orden en un clima tan desesperado. No sé cómo decirlo... creo que fue lo correcto. Los magos trabajamos solos. ¿cierto?